

Europa y del Oeste de Asia. Este problema sólo se presenta claro en cuanto al alforfón; de esta planta existen varias especies aun en Rusia, de suerte que ya Pallas pudo recomendar el cultivo del *Polygonum convolvulus*. El mismo viajero describe cómo los katchinzes recogen los granos del alforfón que crece en estado silvestre guardando una parte de ellos para sembrarlos, en lo cual se ve claramente la transición á la agricultura. Creemos oportuno hacer mención en este lugar de la riqueza que los bosques del Thianchán septentrional ofrecen en árboles frutales, especialmente en manzanos y albaricoques. «Llegamos al Kungus — escribe Prschewalskij — en la época en que los manzanos estaban en sazón; los árboles estaban materialmente cubiertos de frutos y en el suelo se levantaban verdaderos montones de ellos, de modo que los cazadores hubieron de andar algunos centenares de pasos por entre manzanas.»

La fauna del Asia central sin ser tan rica como la de las estepas africanas, ha proporcionado series enteras de animales domésticos que luego se han diseminado por todo el mundo. Del género de los antílopes encontramos el antílope con bocio y la saiga; del de los roedores, cuya superabundancia hace de ellos una verdadera plaga, algunas liebres, colonias de citilos y ratones del Labrador (*Meriones*) y un jabalí; y de los solípedos, el asno salvaje. El camello salvaje sólo aparece en el desierto que se extiende al Oeste del Lob Nor (Kumtag), en el territorio del bajo Tarim y en el Kurutag, y durante el verano sube á las montañas hasta una elevación de 3,500 metros. En los montes hay algunos antílopes, varias especies de ovejas y de cabras silvestres (*Ovis Polií*, *Pseudois Naheer*) y el yac que llega hasta el Pamir y el Altintag; en las estribaciones de las cordilleras encontramos el ciervo maral. Entre las fieras pueden citarse el tigre, el manul, el irbis, el lince, el lobo, el zorro, la marta, la nutria, el oso del Thianchán y el del Himalaya. Las aves abundan, especialmente en los lagos, como el Kuku-Nor, y en las montañas de las estepas se encuentra gran número de perdices y codornices de distintas especies. Los faisanes, tan abundantes en el Himalaya y en el Kuenlún, déjase también ver en el Thianchán: en las estepas del Volga hay tal abundancia de abejarrucos que en algunos puntos se hace imposible la apicultura. No olvidemos, por último, consignar la gran cantidad de peces que existen por lo menos en los lagos y ríos del Norte del Asia central, el número extraordinario de unionidos que hay en los torrentes y la espantosa plaga de mosquitos que pueblan especialmente los lagos salados.

CAPITULO II

PUEBLOS EMIGRANTES DEL ASIA CENTRAL. — GENERALIDADES

«Con razón puede decirse de los turcos y de los yusbecos que son división y separación de varias naciones, madre de valientes héroes, árbol genealógico de grandes monarcas.»

ENGELBERTO KAMPFER.

La raza mogola. — Mogoles. — Tibetanos. — Turcos. — Tribus aisladas. — Rasgos característicos de los tres grupos étnicos. — Cuestión de procedencia. — Insuficiencia de la historiografía indígena. — Distribución geográfica actual. — Territorios turco, mogol y tibetano. — Puntos de cruzamiento. — Nuevos cambios de residencia. — Leyendas de tribu. — Indicios en el idioma acerca de la patria primitiva. — Sepulcros de pueblos extinguidos en Siberia. — Edad de cobre en el territorio del Irtysh. — Explotación de minas entre los chudes.

La raza mogoloide de tal manera predomina en la porción más grande del Asia central, entre los pueblos emigrantes, que, salvo muy contadas excepciones, podemos

considerar como mogoles á todos los individuos de estos pueblos, siéndolo más los que llevan este nombre y menos los turcos y los tibetanos. Desde los tiempos de Blumenbach se ha tenido á los mogoles propiamente dichos por los tipos más genuinos de la raza mogoloide: la estatura media de los hombres que es de 1'635 metros con tendencias á la preponderancia de medidas más bajas, el color amarillo de cuero claro de la piel que en las partes descubiertas del cuerpo puede convertirse en rojo oscuro, los ojos de un pardo subido, los cabellos rústicos, lacios, negros como el azabache y de corte generalmente circular (1), la escasez de vello y sobre todo de pelo en la cara, en la cual sólo el bigote se presenta algunas veces poblado, las piernas cortas y en su mayoría torcidas, la cabeza grande y el cráneo generalmente braquicéfalo y sólo dolicocefalo en un número de individuos cada día más reducido; el rostro ancho con los pómulos salientes, el vómer ancho y hendido, la frente poco convexa, el corte de los párpados estrecho y oblicuo, la mandíbula superior algo saliente y la dentadura fuerte: tales son los caracteres que indujeron á Blumenbach á señalar á los mogoles como tipo de su raza amarilla ó mogola. Por su notable fuerza corporal, por su escasa sensibilidad al clima y al dolor físico y por la finura de sus sentidos forman los pueblos de esta raza entre los más vigorosos y los más aptos. A esta clara definición de la raza mogola se ajustan las descripciones de los mogoles allí donde se presentan exentos de toda mezcla (véase el grabado de la pág. 305). En los territorios del Sud, en donde los tibetanos aparecen desde muy antiguo unidos á los mogoles, encontramos mayores diferencias; y aun cuando en el Tibet septentrional apenas puedan ser separados geográficamente los tibetanos de los genuinos mogoles, esta homogeneidad no parece general. Prschewalskij describe en los siguientes términos á los tibetanos nómadas del Sud de la cordillera de Tanla que son considerados como más afines de los tangutes: «Los hombres son de estatura regular, pero de no muy fuerte constitución; el color de su piel es siempre muy moreno, su cráneo es prolongado y aplanado en los lados, su frente achatada, el vómer comprimido, la nariz por regla general recta y afilada y los pómulos algo pronunciados; sus labios son en algunos casos gruesos, su barba escasa y los más de ellos se arrancan los pelos; en cambio su cabellera negra cae sobre sus espaldas en largos y gruesos mechones. Las mujeres son de baja estatura, sucias y casi todas feas y tienen la piel de un color más claro que los hombres.» En cuanto á los rapaces iograios del Tibet septentrional afines de los tangutes, el propio autor los describe también como de rostro feo y anguloso, de cabellera larga lacia, negra y desordenada, de piel oscura y sin más pelos que unos pocos al rededor de los labios y en las mejillas; de los daldes, dice que su fisonomía presenta un carácter mezcla de rasgos mogoles y chinos. Con esta descripción coinciden en lo fundamental casi todas las descripciones inglesas de los pueblos del Himalaya: la mayoría de ellas consignan la fea angulosidad del rostro y á menudo el color oscuro de la piel, caracteres que se relacionan íntimamente con los rasgos fisonómicos de los mogoles. Así sucede con los ladakis y con los baltis designados como mogoles puros; Vigne equipara á los baltis con los cachemires, aunque no en lo que toca á la belleza, pues dice que las cachemiras se

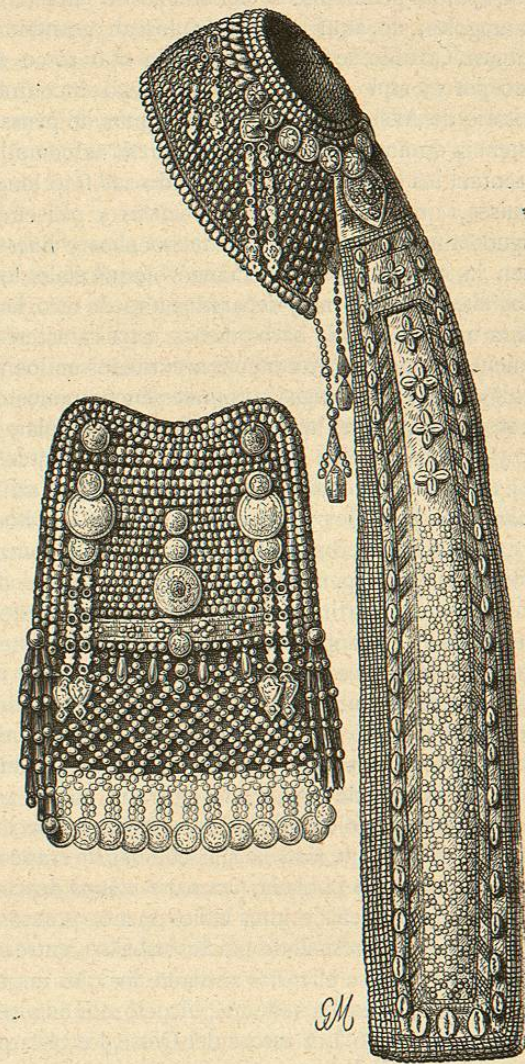
(1) Pallas dice que entre los mogoles no vió más que cabellos negros; pero entre los buretas se ha comprobado la existencia de algunas aunque muy pocas cabelleras rubias, y las de los niños kalmukos son á menudo de color castaño.

neralmente bellas y las baltis feas; Atkinson fija la frontera que divide á los afines de los indos y á los mogoles en la línea que separa á Kulu de Lahul y de Spiti, colocando en la parte de Kulu el tipo indo y en la de Lahul y Spiti el tipo mogol. Los ghurkas son famosos por su alta estatura, por su robustez y por cierta regularidad y rudeza en la configuración y expresión de la cabeza: el color de su piel oscila entre el amarillo y el moreno claro. Los limbos ó ekthumbas del Nepal meridional y de Sikkim, al parecer afines de los tibetanos, que con los leptchas y bhutias incluye Dechy en la raza mogola, se distinguen de sus vecinos por su color más oscuro: los leptchas son pequeños, robustos y nervudos «sin las formas repugnantes de los tibetanos» (Atkinson) y los newares son pequeños y evidentemente oriundos del Asia central. En los pueblos que como los cachemires y aun algunos baltis se han mezclado con los indios, la fisonomía aparece ennoblecida por ser la nariz menos comprimida que en las ramas más septentrionales y más puras de la misma raza. En algunos casos aislados oímos hablar de caracteres negroides; tal sucede con la pequeña tribu de los fotos de la frontera de Bhután y del Indostán.

Los habitantes de las elevadas regiones de Sikkim, Nepal y Bhután se parecen á los tibetanos en el idioma y en los rasgos de raza; lo propio acontece con los montañeses de Loha-Daphla, con los habitantes de las tres provincias montañosas cachemiras de Leh ó Ladak, Balti y Gilgit, y con los de Spiti. También acusan á menudo una afinidad tibetana, aunque sólo en el lenguaje, los pueblos que habitan más abajo de tales alturas. Colonias de tibetanos residen en la Cachemira propiamente dicha y la población de la zona central de Bhután, Sikkim y Nepal es designada como un producto de una antigua inmigración tibetana modificada por nuevos elementos de mezcla, al paso que se encuentran huellas de una población prearia con afinidades tibetanas hasta las estribaciones del Himalaya occidental y hasta las cordilleras del borde sudoccidental de Bengala. En todo esto, sin embargo, hay algo de hipotético porque no es sólo el lenguaje lo que decide la dependencia etnográfica; por esto no damos gran importancia á los datos contradictorios cuando, por ejemplo, Ujfalvy afirma que los baltis del Pequeño Tibet no son tibetanos, como hasta entonces se había creído, sino verdaderos arios como sus vecinos los dardos. La inclusión de todos estos pueblos dentro de un grupo tibetano descansaría sobre bases más sólidas si la expresión «raza tibetana» supusiera una noción perfectamente definida en vez de significar únicamente una rama de la «gran raza mogola» en la que muchos reconocen sólo limitadas desviaciones, puesto que si bien encuentran con el abate Desgodins «los ojos pequeños y negros, los pómulos salientes, la nariz achatada y la boca grande,» siempre aparecen estos rasgos combinados con la alta estatura y la estructura de raza de los habitantes de las montañas. Prschewalskij, cuyas palabras merecen entero crédito, dice que la pertenencia de los tibetanos á la raza mogola no es tan absoluta como generalmente se ha dicho y que no se semejan á los mogoles ni á los chinos sino que recuerdan á los gitanos, desprendiéndose de la descripción que de ellos hace que sus fisonomías son una mezcla de rasgos mogoles é indios. Y cuando se lee la descripción de los kara tangutes residentes al Oeste del oasis Guidui, que se diferencian de los tibetanos por su cara ancha, por sus orejas apartadas de la cabeza y por sus ojos oblicuos (rasgos que se notan más en los jóvenes) y que ofrecen más bien el tipo mogol, casi se inclina uno á creer que al Sud del Tibet prevalecen los

caracteres indios y al Norte los mogoles. El hecho de que también en el Norte predomine el color oscuro de la piel, como se refiere asimismo de los tangutes, contradice la teoría de que este color depende de la poca elevación de los territorios tropicales y demuestra que el aire de las grandes alturas no puede, por lo menos en poco tiempo, aclarar el color de la piel de un pueblo.

En estos pueblos se observan una porción de caracteres corporales que seguramente obedecen á circunstancias externas. Los habitantes de las comarcas de Ladak y de Bal-



Adorno de los baskirios (según Ujfalvy)

tistán son una raza pequeña: los ladakis son de más baja estatura que los baltis, gentes débiles según las descripciones; su estatura media es de 1'57 metros en los hombres y de 1'45 en las mujeres. En las alturas de 4,300 metros, en donde están emplazadas la mayor parte de las aldeas de Ladak, una naturaleza miserable impide que los individuos sean vigorosos y en los cálidos valles situados 3,000 metros más abajo las emanaciones palúdicas dificultan el bienestar de los habitantes. Hasta en el tan famoso Sikkim los miasmas hacen imposible toda residencia humana en el fondo de los valles, y por esto las pocas chozas que allí se encuentran aparecen en su mayoría construídas en las estribaciones de las montañas y los últimos lugares habitados están á una altura de 2,200 metros. En estas comarcas el viajero anda semanas enteras sin encontrar un solo ser humano, y únicamente en las elevadas crestas de los montes álzase algunos monasterios budhistas. Dechy recorrió algunos de éstos, como Rintschinpong, Tassiding,

Katsuperri y Dubdi y dice que desde ellos se disfrutaba de una hermosa vista sobre las nevadas cordilleras.

No puede, en los más de los casos, hablarse de los rasgos corporales de los pueblos turcos sin pensar en que son una modificación de un tipo antiguo más puro con el cual se mezclaron elementos extranjeros: este tipo pertenecía seguramente á la raza mogola tomada en el sentido estricto, es decir, asiático central, al paso que casi todas las mezclas tienen su origen en influencias caucásicas. Las mezclas finicas, frecuentes en el Norte y en el Noroeste, no se apartan generalmente del círculo de caracteres étnicos mogoles; de aquí que no produzcan grandes modificaciones. Cuando se nos habla de un tipo turco «puro», como por ejemplo el que Potanin creyó encontrar en el territorio de Aksu y de Kutcha, no hemos de pensar en la existencia de una suma de rasgos marcados como los que presentan los mogoles en algunas de sus fracciones. Los kirguises, que son los más sedentarios y por ende más antiguos turcos, son pequeños, rechonchos y huesudos y tienen la cabeza grande, el cráneo braquicéfalo, los ojos pequeños, oblicuos y muy separados uno de otro, la frente baja, la nariz chata y la barba escasa: estos caracteres esencialmente mogoles aparecen más acentuados en los altaicos meridionales, cuyos rasgos corporales encontramos descritos en los siguientes términos: «Estatuta regular, rostro flico y achatado, frente pequeña, pómulos salientes, cabellos y cejas negros como la pez y rígidos como crines de caballo, ojos hundidos y bastante separados. Los hombres son casi todos imberbes.» Esta descripción no puede ser considerada como genérica, pues una gran parte de los pueblos turcos, á partir de los kasakos hacia el Oeste y hacia el Norte, se mantienen muy apartados de este tipo mogol, del cual dice acertadamente Vambéry que representa respecto del turco el arquetipo, puesto que todos los caracteres del turco genuino reaparecen, aunque mucho más marcados, entre los mogoles. Los turcos se diferencian especialmente de los mogoles por una mayor estatura, un rostro más prolongado (á esta clase pertenecen los «rostros de caballo» de los analistas chinos), un cráneo más largo, una barba más poblada, una nariz menos deprimida, una boca más pequeña y unos labios menos gruesos. Así nace un tipo, el representado por los usbekos, entre cuyos rasgos pueden citarse el rostro ovalado, los ojos rasgados, la nariz gruesa, la barba redonda, el pelo abundante y el color de la piel claro. Los turcos del Oeste, los tártaros de Crimea y los de Baku no poseen ninguno de los rasgos mogoles, hablan el turco y pertenecen más bien á la raza de los arios. Los osmanlis son, á lo sumo, un pueblo mestizo en el sentido más estricto de la palabra y cuando Vambéry llama á los turcomanos «turcos por excelencia», más se refiere á las costumbres que á la sangre. Los experimentos de Ujfalvy demuestran que toda tribu conserva siempre un fragmento mayor ó menor de mogolismo: este observador encontró entre 100 karakirguises 31 con mucha barba, 54 con poca, 4 con muy escasa y 11 sin ninguna; además entre los baskiros midió índices craneales de 87'4 á 78'2 que le indujeron á clasificar á este pueblo en distintos grupos según su mayor ó menor pureza de raza y entre los tártaros de la Rusia europea observó que eran frecuentes los cabellos castaños y tan preponderantes los ojos grises y pardos que entre 30 tártaros de Kasimow no vió unos ojos negros. De todos los rasgos mogoles el que más lentamente varía es el relativo á los pelos. El color de la piel del turco puede tomar un tinte muy bronceado, pero siempre se aparta del amarillo trigueño de los mogoles. Los rostros blancos de las turcas son proverbiales y

en magiar mujer es *feher szemely* (persona blanca). Cuando los ojos no son oblicuos, como sucede en la mayoría de los baskiros, las pupilas son más grandes, el color de los ojos de negro se vuelve pardo, las cejas antes casi nulas aparecen á menudo muy pobladas y los dientes fuertes y blancos ofrecen menos prognatismo. De este modo surge el hermoso tipo turco que encontramos no sólo en el Ponto, en el Asia Menor y en Persia, sino también entre los mismos tártaros de Tomsk y que produjo á Heyfelder el efecto de un «valiente judío.» Las mujeres no sufren esa transformación tan rápidamente como los hombres, sino que aun después de largo tiempo de mezclas, tienen muy pronunciados los pómulos y sus cuerpos ostentan la fea gordura propia de la raza, lo cual en nada las perjudica, pues los turcos que habitan cerca de los mogoles se casan preferentemente con las mogolas: así por ejemplo los kirguises kasakos buscan para esposas á las kalmukas de los territorios vecinos.

Los que más se apartan del tipo mogol son los usbekos que no sólo están saturados de elementos civilizadores de origen iránico sino que, además, han recibido una gran cantidad de sangre iránica hasta el punto de que á un observador tan imparcial como Stumm le recordaron en general á los tadjikes. El karakalpako es de estatura todavía mayor, de cabello recio, barba poblada y ojos de mirar franco, cualidades que debe no sólo á una mezcla caucásica sino al hecho de haberse desarrollado en condiciones favorables. Entre los yomutas y turcomanos tekkes encontró á menudo Vambéry rostros completamente europeos más numerosos hacia el Sud, es decir, hacia el Irán: hacia el Norte eran más frecuentes los rasgos mogoles turcos. A los pueblos que desde el Lob-Nor se han trasladado al Tarim agréganse continuamente desertores y aun desterrados de las comarcas del Turkestan oriental, habiendo resultado de esta mezcla los actuales tarimeses que, pertenecientes indudablemente á la raza aria, se distinguen por las diferencias externas de su fisonomía: entre ellos se encuentran los tipos sartos, kirguises y aun tangutes y de cuando en cuando una cara europea, si bien el tipo mogol es el predominante. Prschewalskij vió algunos individuos rubios cuya existencia atribuyó á la permanencia de algunos rusos ortodoxos en aquellas regiones.

Como formas discordantes hay ciertas tribus y pequeños pueblos que habitan en regiones tan pobres como las orillas del Lob Nor y del Tarim. Prschewalskij describe entre ellos á los kara-kurtchines como dotados de los siguientes caracteres: «Estatuta regular ó pequeña, constitución débil con el pecho hundido, cabeza relativamente grande, cráneo regular y no prolongado, pómulos salientes y barba puntiaguda con poca perilla y menos bigotes y patillas, escaso vello en el rostro, labios á menudo gruesos y arremangados, dientes de hermosa blancura y piel de color oscuro y enfermizo.» Esta tribu está en vías de desaparecer.

El carácter de los pastores del Asia central distínguese allí donde se conserva puro todavía, por la probidad, por la franqueza, por la bondad ruda y por el orgullo pero también por la indolencia, por la susceptibilidad exagerada y por la afición á la venganza. Su fisonomía acusa sinceridad y muchas veces candidez; sin embargo el trato frecuente con los chinos y con los arios ha hecho nacer en ellos la astucia, la mentira y la vanidad. Con la agricultura han aumentado la actividad y la limpieza pero ha disminuído la buena fe, así los tártaros de Tomsk son limpios, activos y poco hospitalarios y se dedican á la agricultura y á la ganadería; en cambio los de Kainsk son sucios y perezosos y practican la caza y la pesca. El valor en estos pueblos es

más bien afán de lucha que fría temeridad, y á menudo degenera en falta de espíritu de empresa que impide acometer hechos atrevidos. El fanatismo religioso no aparece muy grande en su origen. La hospitalidad es ejercida por todos. Su trato tranquilo y más bien reservado contrasta notablemente con el carácter ruidoso de los vecinos arios. También los rusos han ejercido funesta influencia en el carácter primitivo de los kirguises, que en la actualidad superan á sus maestros en viveza y actividad y aun exteriormente en la limpieza de sus aldeas. Los mogoles son más simpáticos y más sencillos que los chinos y como tales ensalzan todos los que han estado con ellos en contacto en las comarcas en donde no se han corrompido con la vecindad china. Bajo la dominación de los rusos y de los chinos han disminuído su belicosidad, su rudeza y su rapacidad; y si bien algunas veces se muestran rudos y violentos, el hecho es que en el transcurso del presente siglo las rebeliones que han amenazado al antiguo imperio no han sido promovidas por los mogoles sino por los dunganos y panthaios, es decir, por los súbditos mahometanos.

Entre los habitantes del Tibet existen necesariamente grandes diferencias; de aquí que no se puedan generalizar las impresiones recibidas tan rápidamente como hasta nuestros días se ha hecho cuando se ha tratado de explicar el carácter de los tibetanos. Prschewalskij sólo conoció la parte septentrional del país cuya población genuinamente nómada vive del saqueo de las caravanas; por esta razón cuando nos pinta á los tangutes como gentes de carácter sombrío y áspero que á pesar de su cobardía eran temidos por sus vecinos, este cuadro nos recuerda la descripción clásica que Nachtigal hace de los hambrientos ladrones de la cordillera del Tibet (véase pág. 239). Esto nos induce á creer exageradas sus palabras cuando dice de los tibetanos: «No aparece de ellos la menor huella de los sentimientos hospitalarios y bondadosos tan peculiares de los mogoles que todavía no se han asimilado ninguna de las malas cualidades de los chinos y de los europeos; en cambio en punto á astucia, á avaricia, á hipocresía y á toda clase de ruindades pueden rivalizar con los más abyectos granujas de las grandes ciudades de Europa.» Creyó en un principio el citado viajero que esta corrupción sólo existía en las gentes que habitaban junto á los caminos de las caravanas, pero los mogoles le aseguraron que en todo el Tibet pasaba lo mismo y le decían: «sus almas son negras como el hollín.» No queremos dar gran importancia á la opinión de los mogoles por tantos conceptos amenazados por los tangutes y no del todo intachables, antes bien debemos tener en cuenta lo que dice el abate Desgodins, quien confiesa que quedó encantado de la primera impresión que en él produjeron los tibetanos sedentarios de Tatsianlú, en la frontera china occidental: «El contraste que entre ellos y los chinos existía formaba una marcada línea divisoria, no sólo por la figura imponente de los primeros sino también por su formalidad y por el orden ejemplar en que se mantenían en medio de la baranda de gritos y ruidos de la población china urbana.» Las tribus sedentarias del Sud y del Sudoeste ofrecen, además, otro aspecto: entre los ladakis, tenidos por hombres pacíficos y entregados á rudas labores, son punto menos que desconocidos el asesinato, el robo y los actos de violencia; los baltis, por otra parte, son celebrados por su bondad y por su buen humor.

No hay entre los nómadas del Asia central obras históricas de más de tres siglos de antigüedad y las noticias en ellas contenidas empiezan á ser sospechosas á poco de haber nacido. El más notable historiador de estos pueblos,

el mogol Sanang Setchén, que vivió en el siglo décimo-séptimo, al referir la conquista de Tangut llevada á cabo por los mogoles, supone que su antecesor Jengis kan (que vivió sólo cuatro siglos antes) se convirtió en fénix y el rey de los tangutes en león. El juicio que acerca de este historiador forma Abel Remusat cuando dice que fué un simple compilador de leyendas y genealogías, puede aplicarse á toda la historiografía de los mogoles, quienes no recibieron de los uigures la escritura hasta 20 años después de la muerte de Jengis kan, es decir, en 1247, al paso que el Tibet la había recibido ya de la India en el siglo séptimo. Probablemente á principios del siglo séptimo después de Jesucristo llegó la escritura al Tibet á donde la llevó desde la India, juntamente con el budhismo, una embajada de aquel rey Grongdsan Gambo, á quien se venera también como fundador de Lassa. A pesar de ser tan reciente el origen de la cultura tibetana, los filósofos historiadores le han atribuído una antigüedad proporcionada á la altura de la meseta tibetana, haciéndola llegar hasta la construcción de la torre de Babel. Con la escritura, sin embargo, no adquirieron los mogoles una idea más elevada de la historiografía, así es que sus obras de historia tienen muchos más atractivos como colecciones de leyendas budhistas que como narraciones de sucesos históricos. Algo análogo acontece en los pueblos turcos, sólo que en éstos las pretensiones del budhismo pasan á serlo del islamismo. Lo que acaba de hacer más oscura la historia antigua de aquellos nómadas es que los pueblos con quienes los mismos se ponían en contacto, como los chinos, mahometanos y bizantinos, eran incapaces de anotar clara y fielmente los acontecimientos históricos.

Prescindiendo de las fuentes inseguras y haciendo caso omiso de los múltiples encadenamientos de los dos grandes grupos que, en la historia política de los últimos siglos, obedecen en parte á causas fácilmente conocibles, pueden determinarse como rasgos principales de propagación de estos pueblos los siguientes. Los mogoles y los turcos tienen en el Asia central la frontera septentrional de su desenvolvimiento en los 55° de latitud Norte aproximadamente, residiendo su masa principal en la zona esteparia, es decir, entre los 35 y los 50 grados. Siguen al Sud los tibetanos que ocupan el resto del Asia central hasta el Himalaya. Al Oeste forman la frontera el mar Caspio y el río Ural y al Este la cordillera fronteriza china y aquel interesante límite geológico que en el Gobi separa á la agricultura de la ganadería. Los turcos están representados en el lago Tal-Nor por los kirguises de la rama de los kiseyos. En la vertiente meridional del Altai apacientan sus rebaños los kalmukos altaicos á cuyo grupo pertenecen los kalmukos-dwojedanzes; en la septentrional residen los pueblos turcos que tienen una de sus avanzadas más septentrionales en los tártaros establecidos hasta el Tchulim, cuyo idioma es un dialecto turco con alguna mezcla del finico y que indudablemente se asimilaron una porción de elementos finicos y samoyedos, apareciendo ahora sometidos cada vez más á la influencia rusa hasta el punto de poderse decir que hoy están rusificados. En el mismo Altai es dudoso si los teleutes é kumandinzes que habitan junto al Bija y que cultivan la tierra y se mezclan con los rusos, pertenecen á la rama turca ó á la finica. Otro punto de contacto interesante forma el Pamir, la gran divisoria de aguas del Asia central occidental, en cuya falda septentrional existe una verdadera levadura de pueblos representada por aquella tribu kara kirguise de los kiptchakes cuya fama de extraordinaria bravura se extendió por toda el Asia central y que habiéndose establecido en Jokanda fué desde